



Los grupos guerrilleros actuaron, tras la contienda civil, y a lo largo de más de veinticinco años, en cuarenta provincias distintas. Claro exponente de su presencia a lo largo de la geografía peninsular en este documento gráfico, que representa a unos guerrilleros extremeños.

Veinticinco años de luchas guerrilleras

Eduardo de Guzmán

PESE a que Franco llega al poder merced a una cruenta guerra fratricida prolongada meses interminables con cientos de miles de muertos y a que el final de la contienda va seguido de una terrible represión contra los vencidos que no conoce pausas ni eclipses durante siete lustros, el franquismo basa su mejor propaganda en una supuesta etapa de venturosa paz que asegura haber proporcionado al pueblo español, uniendo sus hombres y sus tierras en un fuerte abrazo de hermandad y concordia. Aunque muchos de los derrotados encuentran una perfecta equivalencia entre esa paz y la que impera en los cementerios, como nadie puede decirlo en público y todos los medios de comunicación social se vuelcan incansables en elogios hiperbólicos a la genialidad del dictador, la idea de que merced a sus «salvadores» España goza de una idílica tranquilidad que nos envidia el mundo entero se graba con fuerza en las mentes de los ingenuos que consideran verdad indiscutible cualquier afirmación que la propaganda oficial repite un número suficiente de veces.

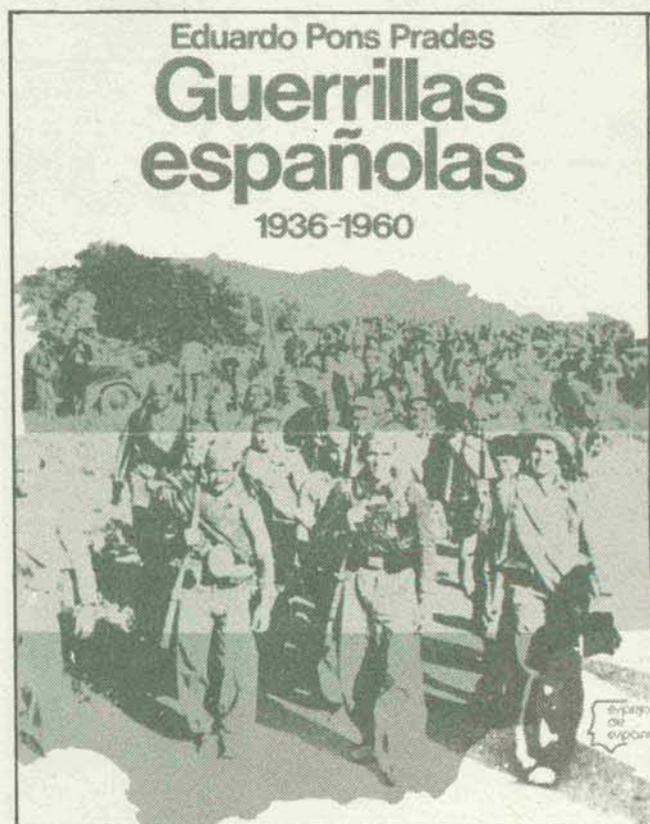
EN los dos años transcurridos desde la muerte de Franco se ha hecho luz plena en algunos puntos oscuros y controvertidos de nuestra reciente historia y no pocos personajes han perdido la aureola mítica que les envolvía. Sin embargo, todavía persiste en muchos la errónea creencia de que el franquismo, como contrapartida a sus desafueros y corrupciones, supo deparar a la nación la más larga etapa de orden, tranquilidad y pacífica convivencia que conoció en toda su historia. Aún hay gentes que se sorprenden al oír que entre 1939 y 1945 son fusilados en España más hombres que en todo el convulso siglo XIX, con sus tres guerras carlistas incluidas, o que entre 1945 y 1975 perecen en luchas armadas en los campos y ciudades de nuestro país varios millares de personas, amén de perpetrarse innumerables sabotajes, secuestros, atentados y atracos. La realidad escueta y demostrable es que si comparamos lo sucedido en estos treinta años con lo ocurrido en los treinta anteriores a la guerra civil —que nada tuvieron de idílicos con la Semana Trágica de 1909, los asesinatos de Canalejas y Dato, el terrorismo blanco y rojo de Barcelona, las huelgas generales revolucionarias de 1917 y 1934, las intentonas subversivas del Cuartel del Carmen, Vera de Bidasoa, Jaca, Cuatro Vientos, Sanjurjo, Casas Viejas y la Generalidad entre otros dramáticos acontecimientos— veremos que los seis últimos lustros de la vida del Caudillo fueron cien veces más agitados, conflictivos y trágicos, constituyendo una etapa de la vida nacional que sólo puede calificarse de pacífica con un falseamiento premeditado y cínico de la realidad.

Un espeso velo de silencios y una deformación sistemática de la verdad han hecho que una mayoría de españoles ignoren por completo las ingentes proporciones del doloroso drama de las guerrillas rurales y urbanas que durante más de un cuarto de siglo —hasta bien entrada la década de los sesenta— ensangrientan nuestro suelo. De ellas, el régimen no suele decir una sola palabra. Como excepción que confirma la regla, de tarde en tarde, en el lugar más escondido de los periódicos, aparecen unas breves líneas dando cuenta de la muerte de un grupo de llamados bandoleros o del cumplimiento de la sentencia dictada contra algún presunto forajido. (Pero el silencio en torno a un hecho no implica, naturalmente, que ese hecho no se haya producido). Claro está que ese silencio puede servir —y sirve— de coartada y excusa para que muchos —al igual que los alemanes de 1945 al ser preguntados por los campos de exterminio hitleria-

nos— aleguen, ahora o en el futuro, que los ignoraban en absoluto).

Eduardo Pons Prades, antiguo militante sindicalista, acaba de prestar un inestimable servicio a la verdad histórica con la reciente publicación del libro «Guerrillas españolas. 1936-1960», editado por Planeta en la Colección Espejo de España. Se trata del primer intento serio, coherente y documentado de trazar provincia por provincia y sierra por sierra el cuadro conjunto del fenómeno guerrillero español, en el segundo tercio del siglo XX, con las causas que lo determinan, la personalidad de sus líderes, sus actividades y el final —casi siempre trágico— de los muchos millares de hombres que durante diez, doce e incluso quince años se mantienen en lucha contra el fascismo triunfante. Loable el propósito de descubrir y exponer una historia tan apasionante como ignorada, su realización tiene el mérito indiscutible de no limitarse a repetir lo que otros contaron con anterioridad, sino escribir lo que nadie había relatado hasta ahora basándose en datos inéditos, generalmente de primera mano con informes de los propios protagonistas supervivientes o de testigos presenciales de los hechos.

Eduardo Pons Prades se propone con su obra, según propia declaración, descubrir quiénes



Para poder escribir la historia de la guerrilla —increíble para muchos y aleccionadora para todos—, Pons Prades tuvo que realizar una larga, trabajosa y no exenta de riesgos, labor de investigación. A lo largo de dos años, recorrió dieciocho mil kilómetros, visitando setecientos cuarenta y dos pueblos y hablando con más de treinta mil personas.

eran y cómo vivían antes de la guerra los hombres y mujeres que se lanzaron a las sierras en el transcurso de la contienda, a mediados de los cuarenta y en años posteriores —muchas veces al salir de las cárceles o de los escondrijos— y en qué condiciones se vieron obligados a pelear y a sobrevivir durante lustros enteros. Frente a lo que han pretendido entonces y luego los corifeos fascistas, estos millares de hombres sólo pudieron resistir gracias al apoyo y colaboración del pueblo en su lucha contra el régimen dictatorial. «Intento salir al paso de las afirmaciones oficiosas que nos presentan a las partidas, y esencialmente a sus jefes, como forajidos de la peor especie», dice el autor, que lo consigue plenamente siguiendo el consejo que le da un campesino del Alto Aragón: «Contar antes lo que les hicieron a ellos, a los guerrilleros y sus familiares, que lo que ellos pudieron haber hecho, tras haberse visto obligados, por razones políticas y sociales, a echarse al monte».

Para poder escribir esta verídica historia —increíble para muchos y aleccionadora para todos— Pons Prades tuvo que realizar una larga,

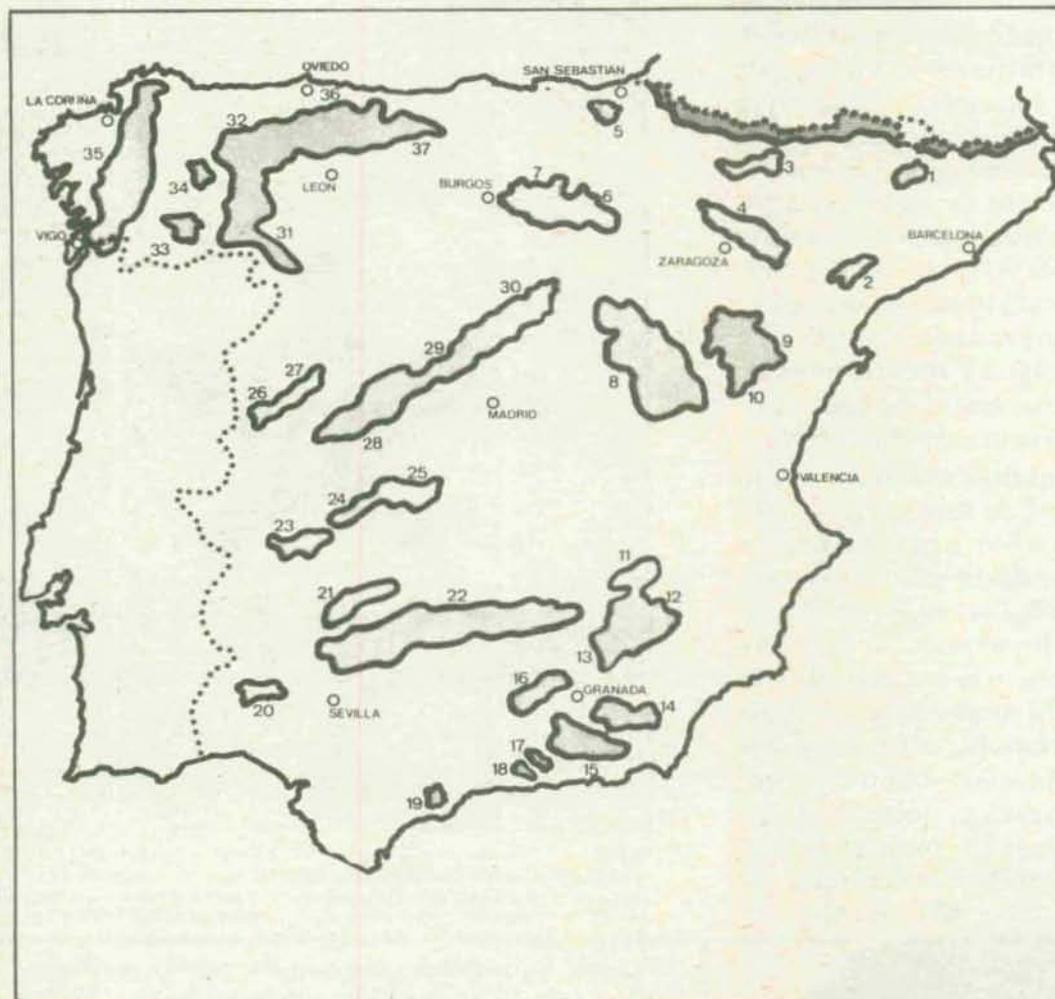


Estos millares de hombres solo pudieron resistir gracias al apoyo y colaboración del pueblo en su lucha contra el régimen dictatorial. Hay casos estremecedores, como el del pueblo turolense de Gudar, de donde desaparecieron un buen número de vecinos simpatizantes con la guerrilla que fueron encontrados acribillados a balazos unos días después.

trabajosa y no exenta de riesgos labor de investigación y acopio de datos. Durante cerca de dos años estuvo en todas y cada una de las comarcas españolas en que se registraron actividades guerrilleras, recorriendo dieciocho mil kilómetros, visitando setecientos cuarenta y dos pueblos y hablando con más de tres mil personas. Aunque el temor sellaba muchos labios —hay que tener en cuenta que todavía hoy todos los alcaldes deben su nombramiento al franquismo y una mayoría participó activamente en la lucha antiguerrillera— consiguió más de quinientos relatos de protagonistas o testigos presenciales. Aparte de ello, Pons Prades —soldado republicano exiliado a Francia, luchador activo en la resistencia francesa, participante personal en las actividades clandestinas contra el franquismo con diversas entradas ilegales en España durante los años cuarenta y cincuenta— ha podido hablar con los guerrilleros que consiguieron cruzar la frontera y conocía a fondo la actuación de las guerrillas urbanas y rurales libertarias catalanas.

Resultado de su esfuerzo es este libro en que historia los grupos de guerrilleros que actuaron en cuarenta provincias distintas, con la vida y los hechos de doscientos cincuenta y cinco jefes de las partidas que se suceden a lo largo de más de veinticinco años. Aunque hay hombres que ganan los montes y las serranías en el mismo 1936, especialmente en Galicia, son más numerosas las partidas que se forman a la terminación de nuestra guerra civil. La explosión guerrillera alcanza su culminar entre 1946 y 1953, yendo en claro descenso en años sucesivos, aunque las últimas agrupaciones no son disueltas o exterminadas hasta 1963. ¿Cuántos hombres llegan a tomar las armas en estos lustros y cuántos mueren en la lucha o son ejecutados luego de su captura? Es difícil fijarlo con exactitud. Según los datos oficiales correspondientes a cada provincia —que Pons Prades incluye en su libro— los guerrilleros muertos en cada uno superan ampliamente a las bajas de las fuerzas que les combaten y siempre hay cuatro o cinco veces más cadáveres que heridos. En cuanto a los detenidos por auxilio o complicidad con los rebeldes alcanzan cifras verdaderamente impresionantes. (Una idea de la gravedad del movimiento guerrillero nos la da un reportaje publicado en «ABC» en conmemoración del 125 aniversario de la creación de la Guardia Civil, que refiriéndose exclusivamente a dicho Cuerpo y limitando su acción a los años comprendidos entre 1943 y 1952 presenta las siguientes cifras: «Hechos delictivos, 8.275. Bajas de los bandoleros, 5.548. Bajas del Cuerpo,

ZONAS GUERRILLERAS



1936-1939. Libertarias: 19, 20, 21, 22, 35, 36, 3, 4, 8, 9, 14, 15, 6, 7.

Socialistas: 14, 15, 16, 17, 18, 22, 23, 24, 25, 33, 34, 36, 32.

1939-1943. Libertarias: las mismas que en el periodo 36-39 y 1, 2, 10, 30, 32, 6 y 7. Socialistas: 36, 37, 35, 20, 26, 27, 23, 28, 29, 30, 22, 11, 12. Comunistas: 36, 35, 33, 34, 17, 18.

1944-1950. Libertarias: 35, 36, 3, 4, 1, 2, 10, 8, 9, 15, 16, 19, 22, 6 y 7.

Socialistas: 36, 32, 35, 26, 27, 22.

Comunistas: 3, 4, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 29, 31, 32, 35, 36.

1951-195... Libertarias: 35, 36, 19, 22, 15, 9, 8, 3, 4, 1, 2. Comunistas: 1, 2, 3, 4, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 22, 25, 29, 30, 31, 32, 35, 36.

País Vasco: Guerrilla de montaña, con fuertes apoyos en el llano y en las ciudades, desde 1937 hasta 1950. Guerrilla urbana, con fuertes apoyos en el monte, a partir de 1958 y hasta nuestros días.

Cataluña: La guerrilla urbana es, esencialmente libertaria y dura desde 1945 hasta 1960. La rural se reduce a las partidas de "caracremada" y Masana (1945-1953).

1. Sierra del Cadí.—2. Sierra del Montsant.—3. Sierra del Guara.—4. Sierra de Alcubierre.—5. Sierra de Aralar.—6. Sierra de la Demanda.—7. Sierra de la Cebollera.—8. Serranía de Cuenca.—9. Macizo del Maestrazgo.—10. Sierra de Javalambre.—11. Sierra de Alcaraz.—12. Sierra de Segura.—13. Sierra de Cazorla.—14. Sierra de Baza de los Filabes.—15. Sierra Nevada.—16. Serranía de Jaén.—17. Sierra de Almirante.—18. Sierra de Albalá.—19. Serranía de Ronda.—20. Sierra de Aracena.—21. Sierra del Pedroso.—22. Sierra Morena.—23. Sierra de San Pedro.—24. Sierra de Montánchez.—25. Montes de Toledo.—26. Sierra de Gata.—27. Peña de Francia.—28. Sierra de Gredos.—29. Sierra de Guadarrama.—30. Montes Carpetanos.—31. Montes de León.—32. Sierra de Bierzo.—33. Sierra de Baurel.—34. Sierra de San Manuel.—35. Macizo Cantábrico.—36. Picos de Europa.—37. Sierra de Híjar.

624. Detenidos como enlaces, cómplices y encubridores, 19.407». Si tenemos en cuenta que la actividad guerrillera no se limita a nueve años, sino que se extiende a veintisiete y que la Guardia Civil no es la única fuerza que la combate, sino que lo hacen también el Ejército, las diversas policías y numerosos paisanos armados —somatenes, guardias jurados, falangistas, fuerzas vivas sumadas a la contrapartida, tec.— lógicamente habría que cuadruplicar como mínimo las cifras dadas por un periódico de tan clara significación política como «ABC»).

Las provincias de mayor actividad guerrillera fueron, como es lógico suponer, las de suelo más accidentado y montañoso. Así vemos que la lucha duró más tiempo y ocasionó un número más elevado de bajas en Asturias, Tercel, Granada, Málaga, Castellón, Santander y

Cuenca, si bien las guerrillas urbanas tuvieron su campo principal de acción en las grandes ciudades, esencialmente Barcelona. Pons Prades, que ilustra su relato con decenas de fotografías de los protagonistas de la aventura y de los escenarios de los hechos, hace un inventario exhaustivo de las acciones en las diversas regiones y provincias, abundando en su relato los episodios impresionantes. Sobresalen entre ellos los casos de «Lorenzana, alcalde socialista de Fuente de Cantos (Badajoz), que se entregó bajando de la sierra para que no siguieran martirizando a su mujer» y al que «ataron a la cola de un caballo y le arrastraron por las calles del pueblo». O el del pueblo turolense de Gúdar de donde un día desaparecen buen número de vecinos simpatizantes con la guerrilla que son hallados acribillados a balazos unos

días después. Estremece y horroriza también el bárbaro episodio del Pozo Funeres en la zona asturiana de Langreo, donde un día de 1948 las fuerzas de la Contrapartida detienen a veintidos personas familiares o amigos de quienes andan por los montes y los arrojan vivos a una profunda sima; como la mayoría no muere en la caída, acaban con ellos arrojando al pozo unos bidones de gasolina a los que prenden fuego. Impresiona asimismo la muerte del último superviviente de los hermanos Sabater que, con un grave balazo en el cuerpo y una pierna gangrenada, rompe a tiros el cerco de sus enemigos y recorre más de un centenar de kilómetros antes de caer acribillado a las puertas mismas de Barcelona.

Pero por muy impresionables que sean —y lo son mucho— los avatares de una partida o un individuo aislado y la barbarie perpetrada en este o aquel lugar, la fundamental importancia de «Guerrillas españolas. 1936-1960» estriba en descubrir para los españoles actuales y los historiadores del futuro la magnitud de la explosión guerrillera que se produce en nuestro país como reacción popular contra los métodos y procedimientos fascistas. Con su libro, Eduardo Pons Prades asesta el golpe más demoledor al mito, tan aireado, manipulado y explotado por la propaganda del régimen, de la pretendida paz de Franco. ■ E. de G.



Aunque hay hombres que ganan los montes y las serranías en el mismo 1936, especialmente en Galicia, son más numerosas las partidas que se forman a la terminación de la guerra civil. Alcanzando la explosión guerrillera su culminación entre 1946 y 1953.



Eduardo Pons Prades nace en Barcelona, en el distrito V, en 1920. Colabora en la socialización del ramo de la madera (CNT), de agosto de 1936 a agosto de 1937; se alista en el Ejército republicano y pasa a Francia en 1939. Se enrola en el Ejército francés y participa en la campaña de 1939-40. En el invierno de 1940-41 colabora con Solidaridad Española y más tarde (1942) ingresa en los Grupos de Acción de la Resistencia española del Aude (Francia). En los combates por la Liberación (agosto de 1944), después de haber actuado como coordinador regional de la guerrilla, manda un destacamento franco-español de guerrilleros. Realiza su primer viaje clandestino a España, participa en reuniones de información y en mítines en Francia, en representación de la Junta Española de Liberación. Hace un segundo viaje clandestino a España (diciembre de 1945-enero de 1946) y, a su regreso a Francia, el 5 de enero de 1946, es detenido en pleno Pirineo. Se evade en Barcelona el 25 de enero de 1946. Vive clandestinamente en Valencia, Madrid, Barcelona y en la provincia de Cáceres, actuando siempre en las filas del Partido Sindicalista. Se exilia por segunda vez atravesando a pie el Pirineo, solo, el 10 de abril de 1948. No regresa a España hasta fines de 1962. Es autor de *La venganza* (novela corta), *Los que sí hicimos la guerra*, *Un soldado de la República*, *Republicanos españoles en la II Guerra mundial* y *Españoles en los maquis franceses* (Verano de 1944). Es colaborador de **TIEMPO DE HISTORIA** desde sus primeros números.